

CAPITULO II.

SUMARIO.

1 Artes.—2. Artistas notables.—3. Comercio.—4. Agricultura.—5. Industria.—6. Educacion.—4. Usos y costumbres.—8. Mejoras.—Observaciones.

1 Las artes, lo mismo que las ciencias en general, no presentaban en aquella época todo el progreso y desarrollo que era de apetecerse, tanto por las dificultades que entonces se tenían para estar al tanto de todos los adelantos que en otros países se hacían, como por los continuos trastornos que la Metrópoli á consecuencia de la revolucion comenzaba á sufrir. Sin embargo, obras verdaderamente notables de arte, tenemos que revelan la aptitud é inteligencia de los mexicanos para éstas. En los templos, en los claustros de las comunidades religiosas, en los edificios públicos, se encuentran obras dignas de todo elogio. En la música, en la pintura, y arquitectura, han brillado artistas, verdaderas notabilidades, y que justamente han llamado la atención de los viajeros europeos inteligentes que han visitado á México. Daré á conocer al lector aunque muy suscintamente á estos artistas y á sus principales obras.

2. Cabrera, insigne pintor á quien con mucha justicia se le llama el Rafael mexicano, nació en Oaxaca; sus obras principa-

les, se encuentran en las iglesias y monasterios de Puebla, México y Tasco.

Juarez, oriundo de Puebla, pintor distinguido; sus cuadros adornaban el claustro del convento de San Francisco, siendo el mas notable, el que representa los desposorios de San José en el templo de la Profesa.

Vallejo, de la misma escuela de Cabrera; sus pinturas y cuadros principales se veían en el convento del Carmen de San Joaquín.

Saenz, sus pinturas mas notables se encuentran, al templo, en la Iglesia de la Soledad de Santa Cruz, y en la cúpula de la Catedral; siendo autor del grupo en donde se vé á San Miguel.

Gutierrez, su obra maestra de pintura es un San Carlos Borromeo, que se encuentra en la Academia de San Carlos.

Las pinturas de Esquivel, estaban en los claustros de la Merced.

Cora, poblano, dejó un hermoso cuadro de la Virgen del Carmen del monasterio de México.

Echandía y Caballero, Villalpando, Orellano, Aguilera, Torres López, los tres Rodriguez, el padre Manuel, Correa, Esbarra y algunos otros artistas notables del siglo XVIII, pero que hablaré mas detenidamente de éstos y de sus obras en otra parte, por exigirlo así materia tan interesante y que su estudio dará á conocer lo que ha sido y es México en sus ingenios y notabilidades.

3. El comercio y tráfico que á principios de este siglo habia en España, si bien era muy productivo para los que lo emprendían, estaba solo reducido al que solo se hacia con la Metrópoli y aunque vinieren efectos de otras naciones, era por conducto de España. Este sistema que dejaba al gobierno español y á sus hijos, cuantiosos tesoros, era muy perjudicial para los mexicanos; porque á mas de que obtenían los efectos á precios sumamente fuertes, se les impedía el entrar en relaciones mercantiles con otros países; lo que producía, como era natural, la paralización y que el círculo de actividad comercial y de transacciones, estuviese reducido á un círculo tan estrecho que propiamente hablando de éste, no se le puede considerar mas que como una simple co-

lonia, sin vida ni actividad propia y sujeta á recibir y consumir lo que sus dueños le querian dar.

4. La agricultura no se encontraba en mejor situacion, no obstante de que esta ciencia se hallaba en bastante buen estado en la Metrópoli, á consecuencia del impulso que en época mas lejana le habian dado los árabes. Se tenian conocimientos en diversos ramos muy avanzados, y el sistema que observaban para hacer producir á la tierra, abonarla y preparar las siembras, hasta hoy se practica con buenos resultados; si no se obtenian aprovechamientos, como era de esperarse en Nueva-España, se debia á que los grandes propietarios de fincas rústicas, se hacian de ellas, cuando ya cansados del mucho trabajo en el comercio y de su avanzada edad, solo procuraban asegurar sus caudales en estas fincas, sin cuidarse de introducir mejoras que les produjesen mayores resultados. Confiada en lo general la administracion y direccion de estas á manos inexpertas ó de jóvenes, que venidos de la Metrópoli aun niños, los colocaban al frente de ellas, dando por resultado este sistema, que cuando no las trastornaban en su giro y operaciones, pasaban la vida alegremente entre el ocio y las distracciones, dejando el peso de toda la administracion á los mayores, administradores ó mayordomos, que todos en lo general eran criollos, y conocedores prácticos de aquellas operaciones.

Las visitas que los dueños de las fincas hacian, las mas veces se convertian en viajes de recreo y de diversion, que muy lejos de interiorizarse del estado que guardaban sus negocios y de tomar medidas con este objeto, introducian el desorden con los gastos extraordinarios que hacian, á consecuencia de la gran comitiva que los acompañaba en estas excursiones, distraiendo á los operarios de sus operaciones, para volverse poco tiempo despues ó la corte. Aun hoy se conservan estas prácticas; en buena hora que el rico propietario tenga sus viajes de recreo, pero no debe perder de vista ni por un solo momento, que tiene estricta obligacion de mejorar y hacer producir sus tierras, de ver por la situacion de sus operarios y colonos y por perfeccionar todos los ramos de produccion.

La propiedad rústica que si hoy se encuentra mal distribuida, en peor estado se hallaba en aquella en época, ha sido causa y lo es aún, de multitud de inconvenientes que un gobierno previsor debe regularizar. Multitud de hacendados hay, que no solo no cultivan todo el terreno que tienen, sino que muchos ni aun lo conocen, y se niegan á que otros los cultiven; pretension no solo ridícula, sino verdaderamente perniciosa, porque trae consecuencias fatales á la sociedad en general. Multitud de terrenos hay que jamás han sido cultivados, y estos no en nuestras fronteras, sino en el centro de la nacion, y que hasta hoy solo han servido para guarida y albergue de bandoleros. Indispensable y necesario es, que una *ley agraria* conciliando los intereses del propietario con los del colono, venga á dar movimiento y vida á esa gran parte inculca de terrenos que hoy tenemos, con ella obtendrán unos y otros mayores ventajas, y la nacion y el gobierno aumentarán sus recursos.

5. La industria estaba, á principios del siglo, aun mas reducida; no se conocian las fábricas, toda clase de tejidos se importaban de ultramar; la clase criolla, para cubrir á la urgente necesidad que tenian de usar lienzos blancos, la remediaban las familias, fabricando ellas mismas este lienzo á que le daban el nombre de *manta*; lienzo que para estar fabricado con instrumentos sumamente imperfectos, llamaba la atencion, tanto por su igualdad y buen tejido, como por lo mucho que les duraba. Habia tambien varias pequeñas industrias, como la de fabricar loza, curtir pieles, hacer pólvora, naipes y otras de menos importancia; aunque estas dos últimas, como estaban estancadas por el gobierno, no habia libertad para elaborarlas.

Mayor ensanche pudo haber tenido la industria, por la aptitud é inteligencia de los criollos para ella, pero el gobierno se oponia á este desarrollo, por ser perjudicial á sus intereses.

6. La habilidad de estos no solo para hacer finos tejidos, sino para combinar los colores en algunos lienzos, hasta hoy justamente llaman la atencion y prueban la buena disposicion y aptitud de sus autores; sus obras de lana y pluma son muy apreciadas, y si se hubiese tenido cuidado desde un principio en educarlos,

hoy serían en las artes y en la industria de los primeros; pero no sucedió así, sino que dedicados á los trabajos y labores mas rudas del campo y de las minas, ni se les permitía, ni se les daba tiempo para que desarrollasen su inteligencia, consumiendo su vida en estas crueles tareas.

La educación solo la recibían en lo general, los hijos de familias acomodadas, no teniéndose cuidado el que concurriesen los criollos á los establecimientos. Estos en lo general eran reducidos; las escuelas de instrucción primaria no eran suficientes, y en consecuencia, faltaban elementos para dar una conveniente instrucción. El clero era el que tenía mayor empeño por difundir la ilustración; cada párroco en su pueblo tenía, en la misma casa cural ó parroquial, una ó dos piezas destinadas á este objeto; las comunidades también tenían sus establecimientos, pero esta educación era principalmente religiosa. Los jóvenes que pendían de familias que podían sufragar fuertes gastos, los mandaban á la Metrópoli para que allí se formasen, no obstante de que en la capital de la Nueva-España, se contaban con los mismos elementos; pero en esto, como en otros muchos gastos de las personas ricas, los consideraban como necesarios, no siendo mas que efecto, las mas veces, de cierto orgullo, que tenían en decir: *á mi hijo lo he mandado educar á Europa*. Una observación he hecho sobre este particular, y bueno será que los padres de familia la tengan presente. De la mayor parte de los que emprenden estos viajes, son pocos los que logran hacer una buena carrera, y por regla general puede asentarse, que mucho mas han brillado por su erudición é inteligencia, los que se han educado y formado en nuestros establecimientos, que los que han ido á Europa con este objeto; pero no por esto se crea que considero perjudiciales tales expediciones. Casi todos los sábios que acabo de citar poco antes, su carrera la formaron en la capital de la Nueva España ó en las de las provincias.

La sociedad de aquella época era muy distinta de la nuestra: entonces, los padres de familia fijaban su atención en educar de una manera esmerada á los hijos, no teniendo ese mismo cuidado en lo general con las hijas, que reducida su instrucción exclusi-

vamente á la parte religiosa, y á los quehaceres domésticos, carecía de aquella instrucción y sociabilidad que hoy hace tan amable y atractiva su compañía. Nada extraño era entonces, encontrar multitud de jóvenes, que guardando sus familias una buena posición social, no supiesen ni aun poner sus nombres. Encerradas constantemente en sus casas, ocupadas en las labores de su sexo, estaban casi siempre separadas de la sociedad de los hombres y privadas muy frecuentemente de las diversiones públicas, como teatros, paseos, bailes, etc.; hallábanse siempre ávidas de esta clase de desahogos, cuya necesidad es tan natural en la señora como en el hombre. Era realmente una notabilidad la joven que en aquella época sabía tocar el piano ó que tuviese cualquiera otra habilidad de las que son hoy tan comunes en nuestro bello sexo.

El precepto de oír misa los días festivos, era celebrado por estas jóvenes, con gran placer; concurrían á los templos, siempre conducidas por la mamá, único lugar en que iban á lucir sus atavíos y á cubrir su cuerpo y rostro con la tradicional mantilla española. Una hora ú hora y media permanecían en el templo, asistían á la misa, oían las amonestaciones y escuchaban el sermón, para ser conducidas otra vez á sus casas por las mamás, pero no sin llevar á su retaguardia una escolta de pretendientes, cuya compañía les duraba hasta la puerta de la casa, y mientras que el viejo cancerbero no les daba con las puertas en la cara, á la vez que simultáneamente las persianas cortinas ó celosías de las ventanas y balcones se corrían, por una dueña ó quintañona que constituida por autoridad suprema en fiscal ó verdugo de las acciones y hasta de las ideas (si posible fuera) de aquellas jóvenes. Por la tarde ó al oscurecer, ocurrían otra vez al mismo templo para asistir al rosario ó plática doctrinal; pero en medio de estos placeres llevaban un terrible sufrimiento; podían ver pero no ser vistas, cosa que en todos tiempos y en todas circunstancias ha preocupado y preocupará al sexo hermoso. Esta clase de educación que en lo general no le permitía entrar en relaciones ni tener sociedad, producía muchas veces malos resultados. De aquí tuvieron origen la multitud de lances amorosos

y curiosos episodios en que abundan las obras de costumbres del siglo pasado y principios del actual. Los matrimonios muy frecuentemente se hacían por intereses, no por afecciones, y los padres eran los que en general los arreglaban atendiendo más á la igualdad de títulos de nobleza y de capital, que á la homogeneidad de ideas, principios y educación de los contrayentes. Pero si aquella educación frecuentemente producía malos resultados por su severidad y rigidez, no es menos cierto que la que hoy se dá por algunos padres de familia tan laxa y libre, debe acarrear las mismas consecuencias; los extremos siempre se tocan; el saber huir de estos y adoptar términos prudentes para la dirección de la juventud, es lo que debe constituir una buena educación. La instrucción si no está basada en la moralidad, es perjudicial; la inteligencia y el corazón á la vez, deben ser nutridos si se desea obtener buenos resultados, porque se debe tener presente que la ilustración sin la moral, es un fuego que destruye.

7. Los usos y costumbres que en principios del presente siglo tenía la sociedad en Nueva España, eran enteramente igual á los que se observaban en la Metrópoli. Los hijos de familias acomodadas en lo general, unos ingresaban en el ejército español, otros en la carrera eclesiástica ó en la de la abogacía: habiendo otros muchos que poseyendo sus familias cuantiosas riquezas, no los dedicaban á ninguna profesión; quedando en consecuencia en la ignorancia y dilapidando sus fortunas en toda clase de desórdenes, siendo estos verdaderamente nocivos á la sociedad. Las ideas importadas del viejo continente, de que una familia titulada ó como entonces se les llamaba *nobles*, deslucía y manchaba sus ilustres blasones si dedicaba á sus hijos á cualquier profesión ó industria honrosa; daba por resultado, que muchos jóvenes viviesen continuamente en el ocio y en el vicio. Indigno de un noble era hablar ó entrar en negocios mercantiles; esto solo era propio de la *gente baja*; un verdadero insulto era para esta clase hablar de tales negocios; mercaderes y no comerciantes, llamaban á los que se dedicaban al comercio y eran vistos con desprecio. Ideas altamente perniciosas y con ellas la llamada clase alta de la sociedad por sus títulos de nobleza, daba un

ejemplo funestísimo á la sociedad, porque la inmoralidad, la corrupción é impunidad de los titulados, incitaba á los demás á seguir sus mismas huellas, que desgraciadamente hasta hoy en muchas familias se conservan.

La vida que llevaba aquella juventud, era verdaderamente sibarita; en el ocio y los placeres consumían su salud y sus riquezas, siendo consecuencia necesaria que sus usos y costumbres estuviesen en relación con su educación. El pesado ceremonial que acostumbraban y la distribución que hacían, de las horas del día era verdaderamente notable; pero dejaré la descripción de la vida de estos nobles á un notable escritor, dice así: "Todo caballero al salir del lecho se ponía en manos del barbero, función entonces mucho más larga que ahora que tenemos las dos terceras partes de la cara con pelo, y operación que nadie hacía por sí mismo. Después entraba el peluquero á peinar, untar, arreglar y empolverar la cabeza; operación larguísima. Solo entonces se pasaba al gran trabajo de vestirse, que los más listos no concluían en menos de tres cuartos de hora; tantas eran las piezas que tenían en el vestido y tantas las hebillas desde las que sostenían el cuello hasta las que apretaban los zapatos. Terminada esta arquitectura, nuestro hombre se cañía la espada y rogaba á Dios que hiciese buen tiempo, pues que tenía que arrostrar la intemperie con pié firme y cabeza descubierta, cualquiera que fuese el tiempo que hiciera. Si caminaba á pié, tomaba las mayores precauciones para salvar del lodo las medias de seda blancas y los zapatos á la *mahonesa*."

"Yo he conocido á un oficial que adquirió gran reputación por haber atravesado Madrid en invierno sin haberse manchado de lodo; talento de alguna importancia en un tiempo en que todos caminaban á pié; cosa que hoy no hacen sino los comerciantes y personas de negocios. Entonces también las menores cosas estaban sujetas á ceremonias y reguladas por una etiqueta inexorable que no dejaba un día de reposo. Festejábanse tres pascuas; la de Navidad, la de Epifanía, y la de Resurrección; había además el día del Santo y el del cumpleaños. Faltar á uno de estos deberes era motivo bastante para que dos familias se enemistara-

sen. El mas pequeño viaje exigia una visita de despedida universal, que cada uno devolvía al siguiente día, y otro tanto sucedía al regreso. Cuando se celebraba la fiesta de un santo, cuyo nombre fuese comun á muchas personas, el forastero que entraba en esa ciudad entonces, podría suponer un incendio ó una sublevación; tal era el correr de la gente afanada; tropezándose, injuriándose, gritando por las calles; los pobres artistas se veían apurados por tener que servir á tantos parroquianos que necesitaban peinarse, calzarse, vestirse en estas grandes circunstancias. Comiase á la una del día y en mas cantidad que ahora, y mayor destreza se necesitaba para saber comer que para ganar que comer. Adaptaban ciertos embudos de carton á los manguitos, siendo cosa convenida que las manos debían de permanecer ociosas, mientras estuviesen protegidas por este adorno. Otras máquinas se habían inventado para proteger de las manchas las orlas de la casaca y cuello de la camisa, pero ninguna tan complicada y singular como la de que se servían para dormir la siesta, usanza general de nuestro clima. Yo he visto al célebre Jovellanos dormir con la nariz sobre la almohada pero sin tocarla mas que con la frente, para no descomponerse los rizos. Solo á la persona que no debía de hacer ninguna visita por la noche, era permitido librar la cabellera de estos obstáculos envolviéndola en una redcilla. Estos salían embozados en una capa color de escarlata, pero no por eso se veían desembarazados en el paseo, pues las medias de seda y los escaupines no les dejaban desviarse del camino real. Sin embargo, la situación de los hombres era mejor que la de las mujeres, pues que aquellos podían, á lo menos, sentar el pie en tierra, mientras estas, levantadas sobre altísimos tacones de madera, tenían, por precision, un andar vacilante y peligroso como de gallinas que escarvan. Rigorosa y estrechamente oprimidas por el corsé de ballena, ¿qué ejercicio podían hacer y como no habían de caer á la primera sacudida? Aquel busto era tan inmóvil, que algunas madres daban el pecho á sus niños á travez de un agujero abierto en el corsé, mientras las pobres criaturas, oprimiendo con la boca sedienta las inflexibles ballenas, buscaban inútilmente el calor del seno materno.

El caballero experimentaba todos los días tres metamorfosis: bata y gorro, por la mañana; divisa militar, al medio día; traje galante por la tarde, para asistir á la corrida de toros.....

La gravedad española guardaba su silencio y su decoro para las tertulias. Nada mas grave y patético que lo que llamaban un refresco. Las damas, colocadas sobre un estrado, formaban un formidable frente de batalla, que no daba mas señal de sensibilidad y vida que el movimiento regular y monótono de los abanicos. Seguía una línea paralela de Señores, por orden de dignidad, de grado y de mérito. Cualquiera habría dicho que era aquella una reunion de hombres congregados, no para divertirse, sino para oír la tremenda justicia del Valle de Josafat. Nada de música, nada de baile, nada de conversacion graciosa ó interesante; solo los jugadores de naipes plantados en medio de la sala, tenían el derecho de gritar, de disputar desde el principio hasta el fin, dirigiéndose injurias, y dando golpes sobre la mesa para significar sus triunfos.

Terminado este grande asunto, cada una de las familias se retiraba, y para deshacerse el complicado traje, necesitaba tanto tiempo como para ponérselo. Mientras se desarmaba la cabeza de la señora, poniéndose despues una enorme cófia, y una peluca gigantesca, desguarneciase la frente del esposo de una batería de rizaduras que la circundaban con sus algodones tupes. ¡Cuántos de estos nocturnos aparatos, no he visto yo cuando era muchacho! A mis ojos tan afligidos, como maravillados, la forma y el volúmen de los autores de mi existencia iba disminuyéndose, y concluía por aniquilarse hasta no poder reconocer su fisonomía y su tristeza.

La última de las ocupaciones diarias ostensibles de nuestros padres, era el dar cuerda á los relojes, ejercicio no pequeño, pues que cada caballero llevaba dos y para cada reloj dos cajas. Todo era doble en aquellos maravillosos tiempos, dos relojes, dos pañuelos, dos cajas para el tabaco, costumbres inocentes en cuanto era posible, pero todas ellas pura formalidad.

Todo era fórmula para el propietario, para el comerciante, para el artesano, para el rico, para el noble, para el plebeyo, la fór-

mula dominaba en la educación del niño, en la matrícula del profesor, en elección de una carrera. Tomábase una profesión, embarcábase uno para América, y volvía sin saber que hubiese antípodas, todo según la forma, por respeto al ídolo mismo. La mayor parte de los hijos de familia venían á la corte, esto es, á Madrid, donde pasaban la vida de pretendiente, hasta que encañecían estudiando el almanaque real. Pero de todas las profesiones, la más formalista en las costumbres, en las ideas, en los hábitos, profesión que desaparece ante la civilización como el nenúfar y los hongos ante el cultivo, era la de los abates, que inspiraron tantas sátiras y canciones, objetos de curiosidad, de admiración, de pasatiempo para el bello sexo, que les consideraba con tanta atención y maravilla como consideran los jóvenes botánicos, aquella planta singular que se llama mandragora. ("Obra de D. José Somosa.")

Esta descripción hecha de los usos y costumbres de nuestros antepasados es exacta. El ceremonial y las fórmulas presidían á todos los actos de la vida, y aun en aquellos más sencillos se hacían observar, creyéndose deslucido y poco imponente si por cualquier motivo se omitían. Mucho aun se conserva en nuestra sociedad estos hábitos y costumbres, no obstante del cambio que de día en día se está operando, y del poderoso influjo que las ideas actuales están ejerciendo en todas las clases de la sociedad. Obra del tiempo y de nuevas exigencias sociales, es el operar este cambio y de hacer que los habitantes echen al olvido los usos que por tres siglos han estado practicando.

OBSERVACIONES.

Solo he querido dar una ligera idea del estado de adelanto en que se encontraban las ciencias y las artes, al entrar el presente siglo con el objeto de poder formar para más adelante comparación con los progresos actuales. La revolución francesa á fines del siglo pasado, produjo un cambio completo en las ideas, el espí-

ritu humano siempre ávido, de todo lo nuevo abrazó de lleno aquellos principios, atraído por la exactitud de sus doctrinas por la novedad de sus ideas y aunque estas, realmente hablando no eran nuevas, ni creación de ese siglo, se recibieran como tales.

La educación y las costumbres como consecuencia natural de este cambio, sufrieron también su metamorfosis; el deseo de ilustrarse todas las clases de la sociedad, tomó incremento, y los gobiernos convencidos de que su primer deber es el de instruir á los ciudadanos, multiplicó los medios de satisfacer esta exigencia ya estableciendo mayor número de escuelas que las que había habido hasta aquella época, ya haciendo venir obras científicas de todas las clases y profesores de aptitud para encargarlos de la instrucción. Esta nueva vida, (si puedo llamarla así,) y estas nuevas relaciones han influido también muy directamente en los usos y en las costumbres; y si no se han llegado á adoptar en toda la extensión de la palabra y á operar un cambio radical, es debido al poco tiempo que aun tienen de introducidas. Pero no debemos de condenar severamente todo lo antiguo por ser antiguo, ni aprobar todo lo nuevo por ser moderno; mucho y muy bueno, tanto en ciencias y artes, como educación y costumbres nos legaron nuestros antepasados. La prudente elección de tomar todo lo bueno y de lo antiguo que se ha adoptado, unido á lo mucho bueno que en la actualidad tenemos, será lo que más realmente contribuya á nuestro engrandecimiento y bienestar social, y político porque ni todo lo nuevo de hoy es bueno, ni todo lo antiguo es malo.

Con esta entrega termina el primer tomo de la presente publicación. He puesto en conocimiento del lector lo que era este país, en los diez primeros años del siglo actual, y al que se le llamaba Nueva España. He manifestado su situación y elementos, su gobierno y administración, las personas que lo gobernaron y el estado en que se hallaba la raza conquistada, así como los primeros síntomas que se comenzaron á notar de suma próxima y general insurrección.

El tomo segundo comprenderá el importante período de lo que le llama la *insurrección*, período sumamente interesante, porque él dá á conocer los extraordinarios esfuerzos y terrible lucha que

sostuvieron los mexicanos, por sacudir el yugo extranjero y constituirse en un pueblo libre é independiente. De suma importancia, es, el estudio de estos sucesos y los que, hasta hoy han sido desgraciadamente referidos de un modo parcial. La narracion que de estos haga, así como los comentarios que de ellos deduzca, irán apoyados con los documentos oficiales, que insertaré á fin de que el lector pueda apreciarlos con toda imparcialidad.—Dos palabras para concluir.—Algunas personas muy respetables de esta capital, me han indicado que á mi presente publicacion, debia preceder la del gobierno colonial, para tener la historia general del país. Aquí consignaré lo que verbalmente he dicho: que en efecto, mi primera idea, fué publicar la historia de la conquista de México hasta fines del siglo pasado, y con tal objeto organicé los orijinales respectivos y la obra deberia llevar el título de *Trescientos años de dominacion extranjera ó sea la historia del gobierno español en México*, pero me he abstenido por las razones siguientes: 1º Porque esta parte de nuestra historia ha sido ya por varios autores narrada bastante bien, siendo casi conocida por todos, y á la que muy poco nuevo podria añadir. 2º Que siendo de mayor interes é importancia, el conocimiento de todos los sucesos acaecidos en el presente siglo, he creido conveniente darles la preferencia, y 3º que mi publicacion tardaria mucho en concluirla si hubiese dado principio por la historia de la conquista.

No dejaré la pluma de la mano, sin manifestar mi gratitud á la ilustrada prensa de esta capital por los honrosos juicios que de mi publicacion he hecho, debidos exclusivamente no á mi aptitud sino á su reconocida benevolencia así como á todas las personas que tan favorablemente la han acogido.

FIN.

INDICE.

	PAGS.
INTRODUCCION.....	2

CAPITULO I.

Descripcion de la nueva España.

SUMARIO.—1. Límites de la Nueva España. 2. Su situacion topográfica y estructura. 3. Sus habitantes. 4. Españoles: 5. Criollos. 6. Sus rivalidades. 7. Educacion. 8. Ilustracion, comercio y riqueza. 9. Influencia de los españoles. 10. Monopolio de los empleos públicos por éstos. 11. Posturacion y avatimiento de la raza conquistada. 12. Leyes que protejian á éstas. 13. Opinion del virey Branciforte sobre la instruccion é ideas del Arzobispo Núñez de Haro. 14. El padre Casas. 15. Las razas africana y mestiza son las mas útiles para toda clase de labores. 16. Ocupacion y trabajos de los indios. 18. Abuso de los españoles. 19. Observaciones.....	11
--	----

CAPITULO II.

Descripcion de la Nueva España.—Continuacion.

SUMARIO.—1. Autoridades. 2. Consejo de Indias. 3. Audiencias. 4. Poder de los vireyes y su duracion. 5. Su sueldo. 6. Juicio de residencia. 7. Opinion de Linares. 8. Plic-	
---	--